

NICOLAS ORTEGA CANTERO*

EL PAISAJE DE ESPAÑA EN LOS VIAJEROS ROMANTICOS

RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

El romanticismo muestra una nueva sensibilidad hacia el paisaje que se apoya en el entendimiento analógico del mundo y en el pleno ejercicio de la subjetividad. Esta sensibilidad es la que practican, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, los viajeros europeos que recorren España, ofreciendo percepciones, imágenes y valoraciones de su paisaje natural y humanizado de gran interés cultural y geográfico.

* * *

Le paysage de l'Espagne d'après les voyageurs romantiques.- Le romantisme présente une sensibilité nouvelle envers le paysage qui s'appuie sur une conception analogique du monde et sur le jeu plein et actif de la subjectivité. Cette sensibilité est pratiquée, tout au long de la première moitié du XIXe siècle, par les voyageurs européens qui parcourent l'Espagne, en offrant des perceptions, des images et des valorations sur le paysage naturel et humanisé d'un grand intérêt culturel et géographique.

* * *

The Spanish landscape after the romantic travellers.- Romanticism shows a new sensibility towards landscape based on an analogical understanding of the world and on the full performance of subjectivity. This sensibility is practiced by European travellers crossing Spain, during the first half of nineteenth century, showing perceptions, images and judgements about natural and humanized landscape with a great cultural and geographic concern.

PALABRAS CLAVE: Romanticismo, representación, naturaleza, paisaje, ciudad.

MOTS CLÉ: Romantisme, représentation, nature, paysage, ville.

KEY WORDS: Romanticism, representation, nature, landscape, town.

LA VOCACION ESPAÑOLA DEL VIAJERO ROMANTICO

España se convierte, con el siglo XIX, en uno de los lugares predilectos de los viajeros europeos. Tras haber quedado excluida anteriormente de los itinerarios del *Grand Tour* que solían hacer los jóvenes aristócratas ingleses para completar su formación, los nuevos vientos románticos no disimulan su preferencia por un país en el que parece plasmarse con particular fidelidad buena parte de su ideario vital y estético.

La corriente de viajeros extranjeros que recorre España a lo largo de la primera mitad del siglo XIX

es abundante¹. La Guerra de la Independencia contribuye, en un primer momento, a despertar el interés hacia lo español. En el escenario de la *Peninsular War* no fueron pocos los militares o agentes ingleses y franceses que compaginaron la dedicación bélica y el ejercicio de la curiosidad viajera. Junto a las Memorias, en ocasiones interesantes, de numerosos combatientes, se escriben ya algunos libros de viajes en los que asoman, de forma más o menos tímida, los renovados ingredientes de la visión romántica. Así ocurre, por ejemplo, con las *Views in Spain* (1824) en las que Edward Hawke Locker da cuenta gráfica y literaria de los recorridos que pudo hacer, en el otoño de 1813, al tiempo que cumplía

* Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid.

¹ Tal abundancia queda ampliamente documentada en las clásicas recopilaciones bibliográficas de Arturo Farinelli (*Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Divagaciones bibliográficas*, Madrid, Junta para Amplia-

ción de Estudios e Investigaciones Científicas, 1920, y *Viajes por España y Portugal. Suplemento al volumen de las Divagaciones bibliográficas*, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1930) y de R. Foulché-Delbosc (*Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal*, Amsterdam, Meridian Publishing Co., 1969, reimpresión de la edición de París de 1896).

su misión de entregar a Wellington ciertos mensajes confidenciales².

No decae luego, concluida ya la Guerra de la Independencia, la atención dedicada a España. Con los años veinte se inicia, según Alberich, “la Edad de Oro de la literatura viajera de tema español en lengua inglesa”³, que alcanza sus momentos culminantes, casi mediado el siglo, con las obras magistrales de George Borrow (*The Bible in Spain*, 1843) y de Richard Ford (*A Handbook for Travellers in Spain*, 1845). Y es en los decenios de los años treinta y cuarenta cuando llega a España, como ha indicado Calvo Serraller, la mayor parte de los grandes viajeros franceses⁴, entre cuyos frutos literarios se cuentan obras tan sobresalientes como las *Lettres d'Espagne* (1831-1833) de Prosper Mérimée, *Un hiver à Majorque* (1842) de George Sand, el *Voyage en Espagne* (1845) de Théophile Gautier, *Mes vacances en Espagne* (1846) de Edgar Quinet, las *Impressions de voyage* (1847-1848) de Alexandre Dumas, o los *Pyrénées* (1890) de Victor Hugo, obra póstuma donde se recogen las vivencias y evocaciones del autor durante su viaje del verano de 1843.

Una de las razones que trajeron a España a los viajeros románticos fue su deseo de alejarse de un mundo civilizado europeo que estimaban demasiado monótono y tedioso. No le agrada demasiado al romanticismo el sesgo progresista de la historia reciente: “los progresos del siglo —advierte Mérimée— lo igualan todo, quiero decir que lo degradan todo”. Y luego añade, en una de sus cartas fechadas en Madrid, en noviembre de 1853: “De aquí a cierto tiempo todos los países se parecerán tanto que ya no merecerá la pena viajar”⁵. De esa amenaza igualadora y degradante quiere huir el espíritu

romántico; busca lo diferente, lo genuino, lo que ha logrado escapar del rasero civilizador y hace que aún merezca la pena el viaje. Gautier confiesa su disgusto frente al “espectro de la civilización”, y considera a ésta su “enemiga mortal”⁶.

Decía Luis Cernuda, en su sugerente “Divagación sobre la Andalucía romántica”, de 1935, que el anhelo de paraísos terrestres es un sueño atávico que todos podemos acariciar y situarlo más acá o más allá del mundo. “Y siempre ha sido achaque común a gente soñadora —añade poco después— el recrear su fantasía en los días de otra época imposible ya”. Tales palabras convienen a los afanes y a las intenciones de los viajeros románticos que recorrieron España. Buscaban el paraíso terrestre que la civilización negaba, el edén que mantenía vivas las cualidades que el progreso solía despreciar. Querían descubrir escenarios propicios para ejercitar la fantasía, la sensibilidad y la pasión para imaginar los días de otro tiempo perdido y deseado. La imagen romántica de lo español responde fielmente a esas inquietudes. Lo que perseguían los viajeros románticos en España era —en palabras del mismo Cernuda— “una salvaje libertad vital, cosa desconocida en sus países originarios, ya aferrados entre las garras de una civilización burguesa”⁷.

Richard Ford, por ejemplo, se refiere en más de una ocasión a esas pretensiones en las páginas de su *Handbook*⁸. Recomienda las “silvestres y duras cabalgatas por la parda España” para lograr “esa sensación de estar libre de cuidados, esa salud del cuerpo y el alma que siempre recompensa una íntima comunión con la naturaleza y el quitarse de encima toda suerte de prisas y necesidades antinaturales de la ciudad agobiada y artificial”. El viajero puede aquí pasar “de la uniformidad aburrida y la

² Véase Edward Hawke Locker: *Vistas de España*. Traducción de José Antonio Zabalbeascoa. Presentación, notas y apéndices de María Dolores Cabra Loredo, Madrid, El Museo Universal, 1984.

³ José Alberich: “En torno a los viajeros ingleses de la época romántica”, en AAVV: *Imagen romántica de España* (Exposición celebrada en el Palacio de Velázquez del Parque del Retiro de Madrid, octubre-noviembre 1981), Madrid, Ministerio de Cultura, 2 t., 1981, 1 (*Introducción*), 33.

⁴ Véase Francisco Calvo Serraller: “Los viajeros románticos franceses y el mito de España”, en AAVV: *Imagen romántica de España*, op. cit., 1 (*Introducción*), 23-24.

⁵ Prosper Mérimée: *Viajes a España*. Traducción, prólogo, notas y cronología de Gabino Ramos González, Madrid, Aguilar, 1988, 223 y 269. (Recoge este libro, además de las cinco *Lettres d'Espagne* publicadas en 1831-1833, la correspondencia de Mérimée relacionada con sus siete viajes a España, en 1830, 1840, 1845, 1846, 1853, 1859 y 1864).

⁶ Teófilo Gautier: *Viaje por España*. Traducción del francés por Enrique de Mesa, Madrid, Calpe, 2 t., 1920, II, 255.

⁷ Luis Cernuda: “Divagación sobre la Andalucía romántica”, en Luis Cernuda: *Prosa completa*. Edición a cargo de Derek Harris y Luis Maristany, Barcelona, Barral, 1975, 1279-1280 y 1286.

⁸ El *Handbook* de Ford, inicialmente publicado en Londres, por John Murray, en 1845, ha sido parcialmente traducido al cas-

tellano y publicado en diez volúmenes por Turner. Esta edición, en la que faltan las secciones VII, IX y X del original, referentes a Extremadura, Galicia y Asturias (además de incluir grabados que no se encuentran en la versión inglesa, prescindir de su cartografía, y alterar a veces el orden de las secciones del libro), comprende, con traducción de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández, los siguientes títulos:

- *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Observaciones generales* (1982). Sección I del original.
- *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Reino de Sevilla* (1981). Sección II del original.
- *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Reino de Granada* (1980). Sección III del original.
- *Manual para viajeros por los reinos de Valencia y Murcia y lectores en casa* (1982). Secciones V y IV del original.
- *Manual para viajeros por Cataluña y lectores en casa* (1983). Sección VI del original.
- *Manual para viajeros por León y lectores en casa* (1983). Sección VIII del original.
- *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa. Parte I: Madrid* (1981). Sección XI del original.
- *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa. Parte II: Castilla la Vieja* (1981). Sección XI del original.
- *Manual para viajeros por el País Vasco y Navarra y lectores en casa* (1981). Secciones XII y XIV del original.
- *Manual para viajeros por el reino de Aragón y lectores en casa* (1983). Sección XIII del original.

En las referencias que aquí se hagan a la traducción castellana del *Manual* de Ford, se citarán los títulos anteriores de forma abreviada.

civilizada monotonía de Europa a la fresca chispeante de un país original que no ha cambiado”. Y hablando del Bierzo —“uno de los más interesantes rincones de toda la Península”— recuerda que quien visite España “en diez días puede cambiar la monotonía de Pall Mall por estos sitios que nadie ha pisado; y entonces, qué pujanza de dignidad en descubrir así una *terra incognita* y en rivalizar con Mungo Park”. Porque el viajero, en suma, “cruza los Pirineos, fatigado del aburrimiento, la monotonía y la uniformidad de la ultracivilización, para venir a ver aquí algo nuevo y no europeo; abraza la esperanza de encontrar de nuevo en España, como en la luna de Ariosto, todo lo que se ha perdido y olvidado en otras partes”⁹.

El romántico viaja en pos de experiencias capaces de alimentar su temperamento y su imaginación. “Lo que constituye el placer del viajero —escribe Gautier— es el obstáculo, la fatiga, hasta el peligro. ¿Qué encanto puede ofrecer una excursión cuando se tiene la seguridad de llegar, de encontrar caballos preparados, una cama blanda, una buena cena y todas las comodidades que disfruta uno en su casa? Una de las grandes desgracias de la vida moderna es la falta de lo imprevisto, la ausencia de aventuras”¹⁰. Ni una cosa ni otra van a escasear, sin embargo, en el panorama español que conocen los viajeros románticos. España es, según Ford, “la tierra de lo inesperado, *le pays de l'imprévu*, donde la excepción es la regla”¹¹. Viajar por España es abrirse a un mundo inaudito y fascinante, a una realidad no exenta de dificultades y de riesgos. La legendaria figura del bandolero o el calamitoso estado de los caminos subrayan lo que el viaje tiene de permanente aventura. “Un viaje por España —advierde Gautier— es aún empresa peligrosa y romántica”¹².

Es bastante frecuente que los viajeros románticos tengan algunas ideas previas sobre lo español. En ocasiones su viaje no hace sino culminar un interés precedente por España que acostumbra a beber en fuentes literarias. “España —escribe George Borrow— ocupó siempre un lugar considerable en mis ensueños infantiles, y las cosas españolas me interesaban por modo especial (...); aquel interés me indujo, en edad temprana, a aprender su noble idioma y a conocer su literatura (apenas digna del idioma), su historia y tradiciones; de modo que al

entrar por vez primera en España me sentí más en mi casa que lo que sin esas circunstancias me hubiese sentido”¹³. Con poco más de veinte años había traducido Borrow, como recuerda Azaña, varios romances españoles, y entre sus preferencias literarias se encontraba, junto a Bunyan, Sterne, Byron y De Foe, el *Gil Blas de Santillana*¹⁴, verdadero vademécum, muy utilizado por los viajeros románticos, de una cierta imagen costumbrista de España¹⁵. Y será precisamente el *Gil Blas* la obra más mencionada en el libro viajero de Borrow, en el que aparecen asimismo Cervantes (con el *Quijote* y con *La ilustre fregona*), *El Lazarillo de Tormes* y un par de frases referentes a España de Byron y Schiller.

También se encuentra citado el *Gil Blas* en los libros viajeros de Ford y Edgar Quinet. Este último, en la Advertencia preliminar de su narración, escribe: “Cuando yo visité España, en 1843, estaba completamente impregnado en el estudio de sus poetas del siglo XVI y durante aquel viaje pude comprobar muchas de las ideas a las que había llegado examinando la antigua literatura española”. Acaso sea esa familiaridad literaria la que le lleva a decir que el pueblo español “en cada gesto recuerda la Edad Media”, o le hace buscar una cabalgadura “que tuviese necesariamente todas las cualidades de los caballos de los romances moriscos”¹⁶.

En la obra de Gautier abundan las imágenes literarias de lo español: “En esto —dice a propósito del dudoso enfrentamiento entre zegríes y abencerajes en la Alhambra— yo me atengo exclusivamente a los romances, a las tradiciones populares y a la novela de Chateaubriand, y creo, sin dudar, que las manchas rojizas son de sangre y no de moño”. A lo largo de su *Viaje* se suceden las referencias a la literatura española y a las obras de asunto español de otros escritores extranjeros. La España de sus sueños —la idea de España que precede al viaje que lleva a cabo durante seis meses, junto a Eugène Piot, en 1840— es precisamente “la España del romancero, la de las Baladas de Victor Hugo, la de las novelas de Mérimée y la de los cuentos de Alfredo de Musset”¹⁷.

Esas ideas previas de lo español que aparecen en los viajeros se relacionan con el generalizado interés que consigue despertar España, desde principios del siglo XIX, en los ambientes intelectuales y

⁹ Richard Ford: *Manual. Observaciones generales*, op. cit., 118 y 171, *Manual. León*, op. cit., 88, *Manual. Madrid*, op. cit., 57.

¹⁰ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 117.

¹¹ Richard Ford: *Manual. Observaciones generales*, op. cit., 13.

¹² Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 117-118.

¹³ J. Borrow: *La Biblia en España. O viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península*. Traducción directa del inglés por Manuel Azaña, Madrid, Jiménez-Fraud, 3 t., 1921, I, 37.

¹⁴ La obra de Alain-René Le Sage, publicada originalmente en cuatro volúmenes, entre 1715 y 1735, fue traducida al caste-

llano por el Padre Isla: véase *Historia de Gil Blas de Santillana*, compuesta sobre la de las Aventuras del Bachiller de Salamanca Don Querubin de la Ronda. Original de Don Antonio Solís. Publicada en francés por Mr. Le Sage y vertida al español por el P. Isla, Barcelona, Imprenta de Damian Vilarnau, 2ª ed., 1883.

¹⁵ Véase Manuel Azaña: “Nota preliminar”, en J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., I, VII.

¹⁶ Edgar Quinet: *Mis vacaciones en España*. Traducción de Manuel Núñez de Arenas, Madrid, La Nave, 1931, 13, 33 y 239.

¹⁷ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., I, 29, y II, 79.

artísticos europeos. La Guerra de la Independencia había ayudado a difundir una imagen altiva y heroica del país, indómito y finalmente victorioso frente al orden impuesto por el imperio napoleónico. Tal imagen, reforzada además por las frecuentes lecturas del romancero y de Cervantes, de la novela picaresca y del teatro del Siglo de Oro, sedujo fácilmente al espíritu romántico. Era la España bizarra y cabaleresca, anclada en un raro tiempo tradicional y pródiga en costumbres sorprendentes, enmarcada en paisajes insólitos y con la huella todavía fresca de su pasado moro, la que el romanticismo admira y recrea. Esa es la España de *Las aventuras del último Abencerraje* de Chateaubriand o de *La peregrinación de Childe Harold* de Byron, la España que plasma Hugo en las *Orientales*, en *Hernani* o en *Ruy Blas*. Y al interés artístico se añaden otros: Prosper Mérimée, el creador de *Clara Gazul* y de la famosísima *Carmen*, realizó también estudios históricos sobre el reinado de Pedro I de Castilla y fue el iniciador de una importante línea familiar de hispanistas¹⁸.

Hay así una España imaginada que precede a la España que visitan los viajeros románticos. En muchas ocasiones, como sucede con Quinet, esa imagen previa condiciona la perspectiva del viajero y le hace buscar, sobre todo, aquello que la refuerza. Las actitudes que el romántico despliega durante su viaje por España no son ajenas, como ha indicado Alberich, al conjunto de creencias o prejuicios que posee de antemano. El visitante inglés, por ejemplo, mezcla a menudo una idea de los españoles como “terribles papistas que la tradición de su país les había pintado siempre sanguinarios y feroces”, y un constante empeño por atacar las prácticas religiosas católicas, haciendo uso de numerosos argumentos proporcionados por la propaganda protestante divulgada a través de la novela gótica. A ello se añaden con frecuencia otras dos representaciones persistentes: la del “español de capa y espada, aventurero, galante, gran amor, decidor, poeta y músico”, directamente influida por la lectura de Cervantes, del teatro del siglo XVII y del *Gil Blas*, y la que afirma que “el pueblo llano de España está dotado de grandes virtudes (sobriedad, energía, originalidad, gracia, etc.), pero este pueblo espléndido está mal gobernado, cuando no explotado, por unas clases medias y altas tan defectuosas como espléndidos son sus dominados”¹⁹.

Poco antes de cruzar la frontera, Borrow habla de su “ansia de llegar a la romántica, a la caballe-

resca y vieja España”, a ese país de “espléndido idioma” y “caracteres extraordinarios”²⁰. Quinet dice encontrarse, al llegar a España, “al borde de un mundo nuevo”: “un encanto me atrae —escribe—; siento en el ambiente la fascinación y el espejismo de un genio lejano”²¹. España es, según Ford, el país “más romántico y característico de Europa”, la “encantadora tierra de lo original, lo castizo y lo romántico”, el mejor destino para cuantos “aspiran a lo romántico, lo poético, lo sentimental, lo artístico, lo antiguo, lo clásico, en una palabra, a cualquier tema sublime y bello”²².

En la España imaginada por el romanticismo confluyen creencias y presentimientos, opiniones y juicios que en buena medida proceden del conocimiento de su literatura clásica; luego, durante el viaje, tal imagen se contrasta con la percepción directa de las cosas, con la visión que proporciona la experiencia personal. Surge así, fundiéndose lo imaginado antes y lo percibido después, un entendimiento de España renovado y penetrante, pródigo en sugerencias y atisbos admirables, en el que resaltan, como era de esperar, los rasgos que mejor convienen al ideario vital y estético del romanticismo. Apasionada casi siempre y a menudo irónica, mordaz y afilada en ocasiones, dispuesta en todo momento a ver, pensar y sentir —como diría Victor Hugo²³— el paisaje natural y humano que tenía delante, la interpretación romántica de España se acerca, incluso cuando parece dejarse llevar por el lugar común o la hipérbole pintoresquista, a algunas de las claves mayores de su forma de ser. El viajero romántico no se conforma con ver y admirar; quiere también —y sobre todo— comprender y sentir. Y son la comprensión y el sentimiento de España, hondos y originales en sus mayores exponentes, los que proporcionan al punto de vista romántico las mejores y más perdurables cualidades.

PAISAJES Y CIUDADES DEL ROMANTICISMO

El romanticismo modifica la sensibilidad respecto de la naturaleza y el paisaje, cambia los modos de percepción y de representación de los mismos. Inaugura un nuevo sentimiento, el sentimiento moderno, de la naturaleza y del paisaje. “El romanticismo —advierde Baudelaire— no consiste precisamente ni en la elección de los temas ni en la

¹⁸ Véanse Prosper Mérimée: *Viajes a España*, op. cit., 179-182, 184-185 y 197-201, y Gabino Ramos González: “Prólogo”, en Prosper Mérimée: *Viajes a España*, op. cit., 10-11.

¹⁹ José María Alberich: “Actitudes inglesas ante la Andalucía romántica”, en Alberto González Troyano, et al.: *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1987, 28, 29 y 36-37.

²⁰ J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., I, 169, y III, 59.

²¹ Edgar Quinet: *Mis vacaciones en España*, op. cit., 23.

²² Richard Ford: *Manual. Observaciones generales*, op. cit., 11 y 171, *Manual. Cataluña*, op. cit., 115.

²³ Véase Victor Hugo: *Les Pyrénées*. Présenté par Danièle Lamarque. Suivi de “Sur les traces de Hugo” par Emmanuel Fraisse et Danièle Lamarque, Paris, La Découverte, 1984, 16.

exacta verdad, sino en la manera de sentir²⁴. Esa nueva manera de sentir es la que el romanticismo ejercita ante la naturaleza y el paisaje. “El sentimiento amoroso hacia la Naturaleza —escribe Azorín—, es cosa del siglo XIX. Ha nacido con el romanticismo, poco a poco (...). Por primera vez, el romanticismo trae al arte la Naturaleza en sí misma, no como accesorio...”²⁵. Inicia el romanticismo un entendimiento distinto, una cultura diferente de la naturaleza y el paisaje cuyas notas esenciales recorren todo el siglo XIX y llegan hasta hoy. El sentido cultural que ambos adquieren en la modernidad, nuestros modos de ver, valorar y expresar lo natural y paisajístico se relacionan con la perspectiva romántica.

Tres rasgos principales fundamentan el entendimiento romántico de la naturaleza y el paisaje. De un lado, el deseo de regresar a un tiempo original que no coarte la sensibilidad y la pasión, a un tiempo primigenio que se identifica con lo natural. Es el tiempo anterior, sensible y pasional, que la civilización y la historia degradan. Se busca así la naturalidad, que es rechazo y crítica de la civilización y de la historia, y esa búsqueda se manifiesta tanto en el acercamiento directo a la naturaleza y al paisaje, como en el interés por sociedades y culturas alejadas de la civilización y de la historia recientes. De aquí la atención romántica hacia la Edad Media o hacia Oriente: el romanticismo rehabilitó, como dice Gautier, la Edad Media, y vio en el Oriente la “tierra del Sol, de donde proviene toda luz y toda sabiduría”²⁶. Y el interés por España, donde ni lo medieval ni lo oriental escaseaban, forma parte de esa misma tendencia.

La visión romántica de la naturaleza y el paisaje se apoya asimismo en la analogía: es, como señala Octavio Paz, “la visión del universo como un sistema de correspondencias” y “la visión del lenguaje como el doble del universo”²⁷. La analogía relaciona, mediante la metáfora, lo diferente, y permite ordenar y hacer inteligible lo plural y heterogéneo. Porque “todas las partes de la naturaleza, incluso las más dispares a primera vista —afirma Victor Hugo—, se relacionan entre sí por multitud de armonías secretas, hilos invisibles de la creación que percibe el contemplador, que hacen del gran todo

una red inextricable, viviendo una sola vida, alimentado por una única savia, uno en la diversidad, y que constituyen, por decirlo así, las raíces mismas del ser”²⁸. Para llegar a captar tales correspondencias es necesaria la imaginación, y para representarlas es preciso acudir al lenguaje metafórico: “el arte de la metáfora —ha dicho Béatrice Didier— no es ya un vano juego retórico sino una afirmación de la analogía universal”²⁹.

El tercero de los rasgos que aparece en los ciñimientos del punto de vista romántico sobre la naturaleza y el paisaje se refiere a la notable importancia adquirida por la subjetividad. El romanticismo afirma, como ha indicado Maurice Bowra, la creencia en la “personalidad individual”³⁰, valora en todos los ámbitos del conocimiento, como advirtió Alvin Gouldner, “la convicción interna, contraponiéndola a los juicios orientados por patrones externos y objetivados”³¹. Es el hombre mismo quien, ejercitando todas sus capacidades subjetivas, puede desentrañar el sentido de las relaciones analógicas del universo: del sujeto, con sus capacidades racionales, pero también sentimentales e imaginativas, depende la posibilidad de comprender los nexos que lo recorren.

El hombre no permanece al margen de todo lo demás, no está separado del resto del mundo; el hombre participa de las correspondencias universales. Se produce así, en palabras de Didier, “una continuidad, una correspondencia entre el universo y la conciencia”³². La analogía anuda lo exterior y lo interior: al representar la naturaleza o el paisaje, el romántico se representa también a sí mismo. La imagen que ofrece de la naturaleza o del paisaje es al tiempo su propia imagen.

Se busca la fusión, la compenetración entre lo exterior y lo interior, y en ello reside una de las características primordiales del sentimiento moderno de la naturaleza y el paisaje. Porque “por la larga contemplación de bello mundo externo —dice Ford en sus *Gatherings from Spain* (1846)—, se sorprenden trozos del bello mundo interno”³³. Hay, como diría Humboldt, “analogías misteriosas y morales armonías que ligan al hombre con el mundo exterior”³⁴. Son esas analogías y armonías las que permiten al romántico hacer de la naturaleza o del pai-

²⁴ Charles Baudelaire: *Curiosités esthétiques. L'Art romantique et autres Oeuvres critiques*. Textes établis avec introduction, relevé de variantes, notes, bibliographie et sommaire biographique para Henri Lemaître, París, Garnier, 1962, 103.

²⁵ Azorín: *El paisaje de España visto por los españoles*, Madrid, Renacimiento, 1917, 14-15.

²⁶ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., I, 58, y II, 64.

²⁷ Octavio Paz: *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*, Barcelona-Caracas-México, Seix Barral, 3ª ed. corregida y ampliada, 1981, 10.

²⁸ Victor Hugo: *Les Pyrénées*, op. cit., 94.

²⁹ Béatrice Didier: “Préface”, en Senancour: *Oberman*. Edition établie, présentée, commentée et annotée par Béatrice Didier, París, Librairie Générale Française, 1984, 9.

³⁰ C. M. Bowra: *La imaginación romántica*. Versión española de José Antonio Balbontín, Madrid, Taurus, 1972, 14.

³¹ Alvin W. Gouldner: “Romanticismo y clasicismo: estructuras profundas de la ciencia social”, en Alvin W. Gouldner: *La sociología actual: renovación y crítica*. Versión castellana de Néstor Míguez, Madrid, Alianza, 1979, 308.

³² Béatrice Didier: “Préface”, op. cit., 9.

³³ Ricardo Ford: *Cosas de España (El país de lo imprevisto)*. Traducción directa del inglés; prólogo de Enrique de Mesa, Madrid, Jiménez Fraud, 2 t., 1922, II, 178.

³⁴ Alejandro de Humboldt: *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Vertido al castellano por Bernardo Giner y José de Fuentes, Madrid, Gaspar y Roig, 4 t., 1874-1875, II, 4.

saje un estado de conciencia. “Todo paisaje —escribe Amiel— es un estado del alma, y el que lee en ambos queda maravillado de encontrar en cada detalle la semejanza”³⁵. La visión analógica concierne de lleno al hombre mismo: y a través de su mediación imaginativa y metafórica puede llegar a producirse la íntima relación entre “paisaje exterior” y “paisaje interior” de la que habló Victor Hugo³⁶.

Las representaciones románticas de la naturaleza y el paisaje expresan preferencias y valoraciones bastante indicativas del talante y de la estética de sus autores. Un acabado ejemplo de las mismas puede hallarse en el *Oberman* de Senancour: publicado en 1804, e inscrito en el doble horizonte de Rousseau y del romanticismo inglés y alemán —el mejor y más temprano romanticismo, el de la línea “nórdica” tan elogiada por Cernuda³⁷—, el libro de Senancour constituye un auténtico manifiesto de las actitudes del romanticismo y, más en concreto, de su sentimiento de la naturaleza y del paisaje. El *Oberman* es, según Unamuno, “una de las cosas más profundas que han brotado de mano de hombre”; en él se encuentra “expresado el sentimiento de la montaña como acaso no se ha expresado mejor”³⁸.

Hacia el paisaje agreste, frondoso y contrastado se dirigen las predilecciones de Senancour. La filiación nórdica del romanticismo y la tradición alpina de la época no son ajenas a la decidida preferencia por la montaña y el bosque, ni al simultáneo desprecio hacia la llanura, que el *Oberman* manifiesta. En la montaña busca el romántico libertad: el ascenso es físico y espiritual. Se sube a la montaña en pos de la “libertad alpestre” y de la “austeridad de una región salvaje”. La recompensa no se hace esperar: “Sentí engrandecerse mi ser, así entregado, solo, a los obstáculos y a los peligros de una naturaleza difícil —se lee en el *Oberman*—, lejos de las trabas ficticias y de la industriosa opresión de los hombres”. En la montaña, “la Naturaleza entera expresa elocuentemente un orden superior, una armonía más visible, un conjunto eterno”; en la montaña, “el hombre vuelve a encontrar su forma alterable, pero indestructible; (...) su ser es suyo como del universo; vive una vida real en la unidad sublime”³⁹.

Al elogio de la montaña acompaña el del bosque. El romanticismo gusta de la vegetación densa

y vigorosa. Es el ideal de la selva del Norte el que vital y estéticamente convence al romántico. Senancour no oculta su amor hacia “los bosques espesos”, y “en lo más espeso de la selva” dice haber experimentado “un sentimiento de paz, de libertad, de alegría salvaje”, que traduce la experiencia del “poder de la naturaleza”. La montaña y el bosque son las máximas expresiones de la naturaleza libre, sin degradar por la civilización y la historia. Ambos conforman el más elevado punto de mira del paisajismo romántico. Y no es extraño el uso, desde el mismo siglo XIX, del calificativo “romántico” para designar los paisajes dominados por tales componentes. Cuando concurren al tiempo en el paisaje la altura de la montaña y la frondosidad del bosque, como sucede en algunos sitios de los Alpes, es dado percibir “la majestad inimitable de estos rasgos atrevidos de la Naturaleza que constituyen los lugares sublimes”⁴⁰.

Si la montaña y el bosque representan la naturaleza libre, la llanura equivale en el horizonte romántico a naturaleza degradada, sometida al hombre. Carece de interés estético y apenas sirve para otra cosa que para albergar afanes y trabajos que el romántico no aprecia demasiado. “La llanura, donde se produce el pan —escribe Ford—, será más rica, seguramente; pero ¿qué partido puede sacar de ella un turista o un pintor?”⁴¹. Los panoramas con campos cultivados “hacen las delicias —según Gautier— de los agrónomos, de los propietarios y demás burgueses; pero ofrecen pasto poco substancioso al viajero entusiasta y amigo de descripciones”⁴².

Senancour, por su parte, habla de “la monótona nulidad del paisaje de las llanuras”. En las tierras bajas imperan “el ruido de las artes” y “el estrépito de los placeres ostensibles”; en la llanura se encuentran también los cultivos, poco gratos al espíritu romántico, que prefiere aquellos parajes donde “la mirada no se ve importunada de continuo por tierras de labranza, viñas y casas de recreo, riquezas engañosas de tantos países desgraciados”⁴³. Algunos años después, Unamuno, evocando la subida a “los altos de la sierra de Gredos”, contrapone también el “silencio de las cumbres”, que “limpia y restaura” el cuerpo y el alma, aquella “visión de las cimas de silencio y de paz y de olvido”, y el pernicioso ambiente de los “valles y llanuras en que viven los hombres en sus pueblos, alimentán-

35 Henri-Frédéric Amiel: *Diario íntimo*. Edición completa según el manuscrito original. Introducción de Bernard Bouvier. Traducción de Clara Campoamor, Buenos Aire, Losada, 1949, 101.

36 Véase Victor Hugo: *Les Pyrénées*, op. cit., 73.

37 Véase Luis Cernuda: “Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1871)”, en Luis Cernuda: *Prosa completa*, op. cit., 317.

38 Miguel de Unamuno: “El sentimiento de la naturaleza”, en Miguel de Unamuno: *Por tierras de Portugal y de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 7ª ed., 1969, 186.

39 De Senancour: *Obermann*. Traducción del francés por Ricardo Baeza, Madrid, Espasa-Calpe, 3 t., 1930, I, 61 y 64.

40 *Ibid.*, I, 38-39 y 82.

41 Ricardo Ford: *Cosas de España*, op. cit., I, 57.

42 Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., I, 8.

43 De Senancour: *Obermann*, op. cit., I, 37 y 63-64.

dose de sus miserias y, sobre todo, de su incurable ramplonería”⁴⁴.

El canon natural y paisajístico del romanticismo se cifra en las cualidades de la montaña y el bosque. El talante y la estética del romántico le aproximan a esos escenarios adecuados para alimentar su sensibilidad y su imaginación. En ellos hay contraste y variedad, sorpresa y misterio, grandeza y solemnidad; son la más acabada expresión de la naturaleza plena y genuina que el romanticismo anhela. En la montaña y en el bosque encuentra el romántico rasgos análogos a los de su propia conciencia: con ellos se identifica y en su seno puede desplegar sin cortapisas su original manera de sentir.

Tales preferencias y valoraciones son las que aplican los viajeros románticos a la naturaleza y al paisaje de España. De ellas dependen en no pequeña medida las representaciones que ofrecen de los diferentes lugares que visitan. Su entusiasta inclinación hacia la vegetación y el paisaje del Norte —montaña y bosque— contrasta con el desagrado que suelen manifestar en las dilatadas llanuras del interior. En La Mancha, según Ford, los viajeros se sienten “fatigados por perspectivas de miseria inmutable y por una falta total de cualquier cosa de interés, tanto en el hombre como en sus obras, o en la naturaleza de que se ven rodeados”⁴⁵. Castilla la Vieja le parece a Mérimée “tierra muy bárbara en verdad”⁴⁶. Camino de Toledo se adentra Gautier “por un camino detestable, en una llanura inmensa, polvorienta, cubierta de trigos y de cebadas, cuyo amarillo pálido contribuye a la monotonía del paisaje”⁴⁷. Como diría Cernuda, “la superstición castellana no existe en esa época; se ha producido a fines del siglo pasado”⁴⁸.

Los viajeros románticos no aplican sólo sus cánones vitales y estéticos a la realidad natural española. El paisaje humanizado es también objeto de preferencias y valoraciones similares. Se sienten atraídos por pueblos o ciudades en los que no han desaparecido las huellas de una cierta naturalidad, en los que, a través del marco geográfico, del trazado de plazas, jardines, paseos, calles y casas, de la calidad monumental y artística o de las costumbres de sus habitantes, es todavía posible descubrir horizontes más libres y originales, más pintorescos y seductores que los que acostumbran a procurar, en otros países europeos, la civilización y los progresos del siglo.

Porque el hecho urbano moderno apenas satisface al romántico: “la fuente y el origen del mal —asegura Borrow— está en los grandes centros,

donde la población se apiña y donde la naturaleza es casi desconocida”⁴⁹. Lo que se busca es, por el contrario, la ciudad que sorprende o fascina, que sugiere y evoca, opuesta por su personalidad a los tediosos efectos del urbanismo uniformizador. Esa es la ciudad que interesa al romántico: la que no cohibe el ejercicio de la sensibilidad, la que es capaz de abrir al viajero un mundo casi olvidado de experiencias y sensaciones.

La ciudad española puede llegar a ser también, de esa forma, un edén para el romántico. Como lo es Granada en la prosa de Chateaubriand. El “Paraiso de Granada”, capaz de infundir “una secreta languidez, de la que cuesta trabajo defenderse aun al viajero que sólo va de paso”, permanece siempre en el recuerdo de quienes se han visto obligados a marchar: “lejos de las *Torres Bermejas*, no había ni frutos agradables, ni limpias fuentes, ni fresco verdor, ni sol digno de ser mirado”⁵⁰. Granada, Sevilla, Córdoba, Cádiz o Ronda: ciudades románticas por excelencia, ciudades que quedaron indeleblemente grabadas en la imaginación y en la memoria del viajero. En la representación de tales escenarios, con sus variados ingredientes y contenidos, da el romanticismo una nueva medida de su temperamento y de su credo artístico.

LAS CALIDADES DE LA NATURALEZA

La predilección hacia la montaña y el bosque se manifiesta con claridad en los relatos de los viajeros románticos por España. No escatiman el elogio de los paisajes en los que priman esos ingredientes —los Pirineos y el Norte, pero también el Guadarrama, Sierra Morena o Sierra Nevada—, y ante ellos suele elevarse la intensidad del sentimiento. Todavía en Portugal, poco antes de entrar en España, Borrow asciende a lo alto de Monte Moro y allí, junto a “las ruinas yacentes en la cima y la falda de la soberbia montaña”, distingue “un paisaje de arrebatadora hermosura” que le conduce a la ensoñación y al recuerdo. “Sentado en las ruinas del muro —dice Borrow— permanecí extático, vertiendo lágrimas de felicidad; porque de todos los placeres que por la bondad de Dios gozan sus hijos, ninguno tan caro a ciertos corazones como la música de los bosques y de los arroyos y la contemplación de las bellezas de su gloriosa creación. Transcurrió una hora, y aún permanecía yo sentado en la muralla; las escenas de mi vida pasada flotaban ante mis ojos en fantástica e impalpable formación, y por en-

⁴⁴ Miguel de Unamuno: “De vuelta de la cumbre”, en Miguel de Unamuno: *Andanzas y visiones españolas*, Madrid, Espasa-Calpe, 8ª ed., 1964, 16-18.

⁴⁵ Richard Ford: *Manual. Sevilla*, op. cit., 328.

⁴⁶ Prosper Mérimée: *Viajes a España*, op. cit., 139.

⁴⁷ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., I, 197.

⁴⁸ Luis Cernuda: “Divagación sobre la Andalucía romántica”, op. cit., 1290.

⁴⁹ J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., I, 84.

⁵⁰ Chateaubriand: *Las aventuras del último Abencerraje* (1827), en Chateaubriand: *Atala, René, El último Abencerraje*. Traducción de M.G.B., Madrid, Jiménez-Fraud, s.f., 192 y 197.

tre ellas asomaban aquí y allá los árboles, las colinas y demás objetos del panorama que realmente tenía frente a mí⁵¹.

A la casi proustiana evocación de Borrow puede añadirse la sensación casi religiosa de Gautier en las alturas del Guadarrama. “Las montañas — escribe Gautier— realizan todos los sueños, lo cual no es un elogio insignificante”. Y la subida del Alto del León despierta en él una vehemente apetencia de comunión con la naturaleza: “Las montañas se elevaban más y más; apenas habíamos franqueado una se presentaba otra más alta, antes oculta a nuestros ojos; no bastaron las mulas y hubo que recurrir a los bueyes, lo cual nos permitió apearnos del coche y concluir de subir la sierra a pie. Yo estaba embriagado de aquel aire tan vivo y tan puro; me sentía tan ligero, tan alegre, tan lleno de entusiasmo, que daba gritos y saltos como un cabritillo; experimentaba el deseo de tirarme de cabeza en aquellos encantadores precipicios, tan azules, tan vaporosos, tan aterciopelados; hubiera querido hacerme arrollar por todas las cascadas, meter los pies en todos los manantiales, coger una hoja de cada pino, revolcarme en la nieve chispeante, mezclarme con aquella Naturaleza y fundirme como un átomo en aquella inmensidad⁵².”

El encomio de la vegetación y del arbolado es también constante en los viajeros románticos. “Toda Guipúzcoa — escribe Mérimée— es de un verdor admirable, del que se disfruta doblemente saliendo de Castilla⁵³.” En el relato de Borrow, la descripción se hace más amplia y jugosa, más sentida y vibrante, a medida que va alejándose del paisaje castellano y acercándose al del Norte. Es aquí donde puede desplegarse lo que Azaña consideró su “espléndida visión del campo”, que “sintió e interpretó de un modo enteramente moderno⁵⁴.”

Pasado Manzanal, camino de Galicia, Borrow descubre un paisaje cada vez más pintoresco. A ello contribuyen tanto el aire “selvático” de las montañas del fondo, “cubiertas, desde los pies a la cima, de árboles tan espesos que no se percibía ni un palmo del suelo”, como la “linda y angosta pradera”, la “lozana y abundosa hierba” cercana al camino. “Apenas podía creer —añade Borrow— que estábamos en España, tan parda, árida y triste en general”. Poco después, en el valle de Bembibre —“con su barrera de ingentes montañas, con sus copudos castaños y con los robledales y saucedas que visten las márgenes del río”—, encuentra un lugar en el que a “la belleza apacible de un paisaje inglés” se añade “un no sé qué de grande y de agreste⁵⁵.”

En las narraciones de los viajeros románticos,

la celebración del arbolado se acompaña a menudo del lamento por su escasez o su ausencia en la mayor parte de España. Así sucede en Gautier, cuando llama la atención sobre el que, en las proximidades de Irún, anima el escenario montañoso: “Macizos de árboles y grupos de encinas realzan felizmente las grandes líneas y los tintes vaporosamente severos de las montañas. Insistimos mucho sobre estos árboles —añade—, porque no hay nada más raro en España, y probablemente no tendremos ocasión de volver a hablar de cosa semejante⁵⁶.” También Mérimée se refiere a la generalizada ausencia de arbolado en el paisaje de España: “los árboles —dice con un punto de ironía— le quitarían todo su carácter español⁵⁷.”

La exaltación del paisaje vegetal se encuentra asimismo en el relato viajero de Ford. Los Pirineos abundan en lugares naturales capaces de colmar sus exigencias estéticas, en parajes próximos al canon de la Suiza alpina. En los Pirineos, la naturaleza “se complace —dice Ford— en sus formas más solitarias y salvajes”. Allí “el paisaje es alpino, una mezcla de montañas, precipicios, glaciares y bosques, animados por cataratas y huracanes”. Tal paisaje, recomendable casi siempre para el artista, es pródigo en sitios que Ford estima particularmente románticos: los altos de la garganta de El Escalar, sobre Panticosa, el circo de Gavarnie o el desfiladero de Castaneze. A veces “el paisaje es una magnífica mezcla de roca y bosque”. Y, al igual que en otros sitios también dignos de loa —en el Bierzo o en las Alpujarras—, el recuerdo de Suiza se impone a menudo: si el Bierzo es “la Suiza de León”, y las Alpujarras “la Suiza de España”, en el ámbito de los Pirineos son muchos los paisajes y las ciudades que remiten con fuerza a ese mismo arquetipo. Las ciudades vascas “son como las de Suiza, rodeadas por verdes colinas y animadas por claros arroyos llenos de truchas”. Entre Villarreal y Tolosa se atraviesa “una comarca que parece sacada de Suiza”; y entre Azpeitia y Tolosa el trayecto “es encantador y pastoral, digno de Suiza, sobre todo en sus cuatro o cinco últimas millas entre colinas, bosques silvestres y castaños de largas hojas⁵⁸.”

El bosque es para Ford un elemento estéticamente importante del paisaje: “nada más bonito —escribe— que las lejanas vistas de los pueblos rodeados de bosques”. Pero el bosque es, al tiempo, algo más: un indicador y hasta un símbolo del estado material y espiritual del país y de sus posibilidades futuras, en una visión que preanuncia algunos de los rasgos del posterior alegato regeneracionista en favor del arbolado. Ford no pasa por alto la bon-

51 J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., I, 139 y 143-144.

52 Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., I, 102-103.

53 Prosper Mérimée: *Viajes a España*, op. cit., 144.

54 Manuel Azaña: “Nota preliminar”, op. cit., I, XXIII.

55 J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., II, 99-100 y 103.

56 Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., I, 37.

57 Prosper Mérimée: *Viajes a España*, op. cit., 36.

58 Richard Ford: *Manual. Aragón*, op. cit., 52, 57 y 83, *Manual. León*, op. cit., 84, *Manual. Granada*, op. cit., 93, *Manual. País Vasco y Navarra*, op. cit., 15 y 27.

dad de las maderas naturales de los Pirineos —“famosas desde hace mucho tiempo”— y habla en términos muy expresivos de los bosques que va encontrando a su paso por esas tierras y por otras: los bosques “magníficos” de Torla, los “encantadores” bosques de hayas de Baracoude y del valle de Joncou, o los “inmemoriales” pinares sorianos, capaces de rivalizar con los de Cuenca⁵⁹.

Aprueba sobre todo los bosques aún no sometidos al hombre. En pleno Pirineo, cerca de Billos, contempla Ford “el bosque primigenio, bien a salvo del hacha del leñador. Los abetos, tejos, robles, hayas, abedules, fresnos, etc., se elevan, altos y delgados, en su búsqueda de aire y luz. Sus elegantes troncos contrastan con las bastas rocas, como de Salvator Rosa”. En el valle de Artique Telline descubre un “noble bosque” que no ha tenido la misma suerte, y se duele del daño “verdaderamente escandaloso” que está produciendo en el mismo la explotación maderera. Contra la desmedida tala de los bosques españoles clama una y otra vez Ford en las páginas de su *Handbook*. Comprueba la degradación vegetal del Monte de Torozos, cerca de Dueñas, y escribe: “Los que desnudan de esta manera sus bosques garantizan a sus hijos escasez de madera y agua, escaseces estas que son las dos maldiciones gemelas de la España central”. En otro momento comentará: “Los bosques españoles se talan por todas partes de la manera más imprevisora”. Y encuentra el bosque de Segura, junto a Orcera, “escandalosamente abandonado y mal usado, como la mayor parte de los de España”⁶⁰.

No se limita Ford a lamentar el generalizado mal trato que recibe en España el bosque. También habla de las nefastas consecuencias de tal proceder y de algunas de sus causas. A propósito de las primeras, se extiende en consideraciones sin duda interesantes y no desatinadas. Al desaparecer el arbolado, “no hay nada que frene la evaporación, nada que proteja y preserve la humedad”, de modo que “el suelo se va volviendo más y más seco y calcinado, y en algunas partes ha llegado incluso a ser incultivable”. Ocurre además que “las laderas de los montes están expuestas por todas partes a la constante erosión del suelo después de las lluvias intensas, porque no hay nada que impida la bajada del agua, y de aquí las cimas de piedra, desnudas y estériles, de muchas de las *sierras*, que han sido raspadas y peladas de toda su tierra capaz de producir vegetación: son esqueletos cuya vida se ha extinguido”. Y, finalmente, esos materiales arrastrados por el agua “forman barras en las bocas de los ríos,

o bien rellenan y levantan sus lechos, exponiéndolos de esta manera a salirse de sus cauces”, con lo que el abastecimiento de agua a través de las lluvias “desaparece inmediatamente en inundaciones violentas y no en un desagüe suave y gradual”⁶¹. La temprana inquietud proforestal de Ford no deja de recordar, en más de un aspecto, los argumentos luego utilizados por quienes se ocuparon de defender y fomentar el arbolado en España.

Las carencias vegetales de España, sobre todo de la España interior, se relacionan con la escasez de agua. En Castilla, dice Ford, “el agua es muy escasa, no sólo para el riego, sino incluso para el uso doméstico, y la naturaleza y la gente son igualmente adustas y requemadas; todo es pardo: la casa, la ropa, la esposa y el asno”. Tal deficiencia es penosa porque el agua equivale a vida y fertilidad: “el agua es riqueza” y su presencia “separa el desierto del paraíso; todo lo que está bajo su influencia es verde y fructífero, y todo lo que yace más allá de ella se vuelve árido y parduzco”⁶².

Pero sería un error pensar que la anemia forestal de Castilla depende sólo de la sequía. Traduce también la deplorable y continua animadversión del castellano hacia los árboles. Charles Dembowski, viajero por España entre 1838 y 1840, dice haber comprobado que las gentes de los alrededores de Madrid “han heredado de los moros un odio vivo a los árboles, que consideran únicamente como otros tantos asilos de pájaros que viven a su costa”⁶³.

Ford habla asimismo de “la curiosa antipatía que los habitantes del interior sienten hacia los árboles”. Y después añade: “Los castellanos sienten especial antipatía hacia los árboles y, como los orientales, raras veces los plantan, excepto los frutales o los que dan sombra a sus *alamedas*. (...) Los campesinos no solamente no plantan, sino que imprevisora y desperdician esos bosques que crecen de manera natural, y raras veces se molestan siquiera en conservar las avenidas ornamentales que las autoridades tratan de mantener a los lados de las carreteras, (...) porque ‘sus hojas, al abrirse, dan tal refugio a esas criaturas ruidosas e impertinentes llamadas pájaros’, que, según ellos se imaginan, sólo sirven para comerse el trigo maduro, olvidando que se pasan también el resto del año destruyendo gusanos más destructores que ellos. Sin embargo, si un árbol necesita medio siglo para extender sus raíces, los prejuicios populares necesitan diez siglos para ver extirpadas las suyas”⁶⁴. A ese mismo “rencor tradicional al árbol”, a ese “odio” que llega a definir toda una “tradicción castiza, neta, innegable,

⁵⁹ Richard Ford: *Manual. Cataluña, op. cit.*, 94, *Manual. Aragón, op. cit.*, 56, 66, 83 y 88.

⁶⁰ Richard Ford: *Manual. Aragón, op. cit.*, 69-70 y 82, *Manual. León, op. cit.*, 177, *Manual. Granada, op. cit.*, 75 y 180.

⁶¹ Richard Ford: *Manual. Observaciones generales, op. cit.*, 204.

⁶² Richard Ford: *Manual. Madrid, op. cit.*, 12, *Manual. Granada, op. cit.*, 93.

⁶³ Carlos Dembowski: *Dos años en España y Portugal durante la guerra civil, 1838-1840*. Traductor: Domingo Vaca, Madrid, España-Calpe, 2 t., 1931, I, 34.

⁶⁴ Richard Ford: *Manual. Observaciones generales, op. cit.*, 204, *Manual. Madrid, op. cit.*, 11.

francamente española, en lo que atañe al árbol”, se referirá después Azorín —citando variados testimonios, entre los que se cuentan, además del de Ford, los de Bowles y Fermín Caballero— en uno de sus artículos de intención regeneracionista⁶⁵.

La penuria forestal de gran parte del paisaje español es asimismo síntoma y símbolo de otras penurias históricas y humanas. Porque, para el romántico, entendido en analogías, hombre y tierra son inseparables, comparten afanes, venturas y desdichas. A la parquedad de la naturaleza corresponde otra, no menos patente, de índole social y aun moral. Ante el paisaje de La Mancha —“meseta sin límites, sola y estéril”—, con el recuerdo del *Quijote* fresco, habla Quinet de tal correspondencia: “A lo lejos, la tierra se asemeja al campesino español. Desnuda como él, se exhibe al sol en su capa agujereada de cizaña. Es silenciosa como él: ni un canto de pájaro, ni un murmullo de arroyuelos, ni de follaje. Sobria como él, sólo el rocío la fertiliza. Independiente como él, ni hoyos, ni empalizadas: la igualdad está grabada en su faz. Como el campesino no reconoce más que la soberanía de Dios, la tierra no se inclina más que a los pies de las rocas eternas de Sierra Morena”⁶⁶. A principios de este siglo, hablará Constancio Bernaldo de Quirós, al evocar una de sus caminatas por la Sierra de Guadarrama, de “la tierra pajiza de Castilla, llana y austera como el carácter de los que en ella nacen”⁶⁷.

La seca y empobrecida figura del paisaje tiene que ver, según Ford, con la “situación de la infeliz España, caída de su alto estado y borrada casi del mapa de Europa”. De rostro “silencioso, triste y solitario”, ese paisaje —el escueto paisaje de las tierras interiores— muestra “sus campos trigueros, sin setos ni árboles, limitados solamente por el bajo horizonte, y sus llanuras sin cultivo ni habitantes, abandonadas a las flores silvestres y a las abejas, y que se vuelven más melancólicas aún con el espectáculo de castillos o aldeas arruinados, levantándose como esqueletos calcinados de su antigua vitalidad”. De “sombria monotonía” y de “abominación desolada” habla luego Ford para concluir el retrato de esa “extraña tierra” en la que faltan a la vez los alicientes naturales y humanos: “ninguna sonrisa” saludará la llegada del viajero, “ninguna lágrima” correrá cuando marche⁶⁸.

Lo natural y lo humano caminan solidariamente; entre lo físico y lo moral hay armonías y coincidencias. Los ámbitos castellanos y manchegos —advierde Ford— ofrecen “una imagen muy desfa-

vorable de la Península”, debido tanto a “la condición física de su suelo”, como a “las cualidades morales de sus habitantes”. El tono de esa imagen es pardo —“la faz de la tierra es aquí parda”, dice Ford— y en él se expresan al tiempo la penuria de árboles y la limitación de una forma de vida que el adobe resume con bastante elocuencia. “La ausencia general de árboles —escribe Ford— expone estas amplias y descubiertas llanuras a la rabia y violencia de los elementos; casas de adobe sumamente pobres, esparcidas aquí y allí en la extensión desolada, dan un lamentable refugio a la población, pobre, orgullosa e ignorante”⁶⁹.

En el paisaje arbolado ve el romántico un signo de elevación —de la naturaleza y del hombre mismo— y en su pérdida encuentra un síntoma vez de la decadencia de ambos. Es en Castilla, en su naturaleza “desnuda, desagradable y perezosa”, donde dice Ford haber encontrado “un grado bajo de civilización”, unas provincias situadas “entre las más atrasadas”. Y llega a opinar que lo mejor que puede hacer el viajero que llega a las despojadas regiones castellanas es “salir de nuevo de ellas lo más rápidamente que le sea posible”⁷⁰. Castilla, la Castilla llana y desarbolada, se parece bastante a la antítesis del canon paisajístico del romanticismo.

CALLEJAS Y JARDINES, PASEOS Y ALAMEDAS

Ya se ha dicho que al viajero romántico no le entusiasma la ciudad que se impone en Europa de la mano de los progresos del siglo. Busca paisajes urbanos distintos, más sugerentes y evocadores, en los que poder ejercitar la imaginación y la sensibilidad. Las grandes aglomeraciones modernas, con sus secuelas de uniformidad y monotonía, le parecen artificiosos mecanismos que contribuyen a envilecer al ser humano. En ellas desaparecen la naturalidad y la libertad que el espíritu romántico persigue denodadamente. “Siempre he encontrado en el ánimo de los campesinos —escribe Borrow— más determinada inclinación a la religión y a la piedad que en los habitantes de las ciudades y villas”. En éstas apenas quedan rastros de “los sencillos hijos de la naturaleza” que acaparan las simpatías de Borrow. “Quien desee conocer al español genuino —añade— no debe buscarlo en los puertos ni en las grandes ciudades, sino en los pueblos solitarios y apartados”⁷¹.

⁶⁵ Azorín: “Los árboles y el agua”, en Azorín: *Política y literatura (Fantasías y devaneos)*. Nota preliminar de Paulino Gargorri, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1980, 62-64.

⁶⁶ Edgar Quinet: *Mis vacaciones en España*, op. cit., 198-199.

⁶⁷ Constancio Bernaldo de Quirós: “En la Cartuja del Paular”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXVI, 511, 31 de Octubre de 1902, 306.

⁶⁸ Richard Ford: *Manual. Observaciones generales*, op. cit., 110-111.

⁶⁹ *Ibid.*, 199-200.

⁷⁰ Richard Ford: *Manual. Madrid*, op. cit., 18-19, *Manual. Aragón*, op. cit., 87.

⁷¹ J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., I, 84, y III, 132.

También Ford estima que “el talante del *labrador* viril del campo” es “superior al burgués mísero de Madrid”. Por ello, “quien quiera ver al castellano en su auténtico ambiente debe ir a buscarlo a alguna de las mejores aldeas, a bastante distancia de Madrid, porque la capital no ha ejercido influencia civilizadora en absoluto, ya que bajo sus mismos muros el campesino se vuelve un bárbaro, mientras dentro de ellos reside el *populacho* peor de toda la Península”⁷². Y Mérimée, tras señalar que “lo que más aflige en España es la profunda falta de moral de todas las clases”, considera asimismo que el pueblo formado por los campesinos “está menos corrupto”⁷³.

Tales juicios sobre la bondad natural de la aldea y los perniciosos efectos de la modernidad urbana no impiden a los románticos valorar cuanto de pintoresco y atractivo albergan aún, pese a todo, las ciudades españolas. Su visión es muy selectiva y atiende a aquellos lugares y aspectos que han podido librarse de los tediosos dictados del progreso histórico. La ciudad que el romántico persigue y descubre es una ciudad diferente, asiento todavía de una verdadera originalidad estética y costumbrista.

De ahí que, a veces, el viajero manifieste su desinterés por núcleos urbanos como el madrileño. “Madrid no es más que una ciudad inhóspita de segunda categoría”, afirma Ford⁷⁴. “No hay nada en Madrid”, dice Mérimée, quien sólo se muestra atraído por su Museo de pintura, “el más hermoso del mundo”⁷⁵. Borrow difiere de esa opinión: al agente de la Sociedad Bíblica Británica le atrae particularmente el pueblo de Madrid, sin negar que hay algo “digno de nota” en sus calles y edificios, en sus plazas y fuentes. “Cercados por un muro de tierra que apenas mide legua y media a la redonda —dice—, se agolpan doscientos mil seres humanos, que forman, con toda seguridad, la masa viviente más extraordinaria del mundo entero; y no se olvide nunca que esta masa es estrictamente española”. Es “una población inculta, sorprendente, formada por muy variados elementos, pero española, y que lo seguirá siendo mientras la ciudad exista”⁷⁶.

Por las preferencias de los viajeros románticos se dirigen, sobre todo, hacia las ciudades españolas de más acusada personalidad, hacia aquellas que, por varias razones, mantienen viva la huella de un tiempo y de unas costumbres singulares. Así es el Toledo de Gautier, la ciudad plena de recuerdos orientales y caballerescos que tan hondamente consigue impresionarle: “estaba realizando el sueño de toda mi vida —escribe—, tocaba con la mano uno

de los deseos que acariciara más ardientemente; en mis bellos y verdes años de romanticismo había hablado demasiado de mi espada toledana para no tener curiosidad de conocer el sitio donde se fabricaban”⁷⁷.

Es la biografía histórica y el tinte legendario de la ciudad de Toledo —el Toledo del romance de la reina Hortensia y de la leyenda de Galiana—, la apasionada evocación de su pasado, lo que conmueve a Gautier. Su alcázar, “edificado sobre las ruinas del antiguo palacio moro”, le parece uno de “aquellos maravillosos sueños de arquitectura que Piranè se perseguía en sus magníficas aguas fuertes”; desde allí, junto a las “murallas almenadas al estilo oriental” que lo circundan, el paisaje de la ciudad de Toledo ofrece “una vista inmensa, un panorama verdaderamente mágico”. Toledo es la ciudad que conserva fielmente su “fisonomía de la Edad Media”, el escenario de admirables iglesias y misteriosas sinagogas, la antigua morada de bellas moriscas “de grandes ojos teñidos de *henné*” y aguerridos “caballeros moros”. Ante Toledo cae Gautier en “una meditación profunda”: todo le parece “una alucinación, un sueño extraño”⁷⁸.

El mismo anhelo evocador se encuentra en el relato viajero de Quinet. Le parece un contrasentido que Madrid carezca de antecedentes medievales: “El pueblo español, que en cada gesto recuerda la Edad Media, se ha dado una capital que no tiene ningún fundamento en los tiempos caballerescos”. Le apasiona Toledo por todo lo contrario: “En estas callejas nobiliarias, sepulcrales, en las que yace la Edad Media —escribe—, un solo ruido se escucha vivo, bullicioso, caprichoso, el de los romances populares. (...) Para mí Toledo vive en la impresión de las melodías exhaladas de las ruinas caballerescas”. Toledo resume por entero, según Quinet, “el genio de la vieja España (...), desde los concilios de los godos a las juntas de 1812”⁷⁹.

La ciudad andaluza, no menos pródiga en sugerencias históricas y legendarias pero más colorista y sensual, es siempre un hito culminante de la experiencia del viajero romántico. “Cálidas ciudades de nieve y espuma —dice Cernuda—, escalonadas al lado del mar o escondidas como altaneras aves entre las montañas, tendidas en una verdosa marisma o en soñoliento valle; habitadas por hermosas criaturas de oscura piel y revueltos cabellos, con pupilas de sombrío fulgor, talle quebradizo, ronco y cadencioso hablar. (...) ¿Cómo no añorar un paraíso semejante desde las horribles ciudades modernas?”⁸⁰. Tales ciudades, como Andalucía toda,

⁷² Richard Ford: *Manual. Madrid, op. cit.*, 15.

⁷³ Prosper Mérimée: *Viajes a España, op. cit.*, 154-155.

⁷⁴ Richard Ford: *Manual. Observaciones generales, op. cit.*, 260.

⁷⁵ Prosper Mérimée: *Viajes a España, op. cit.*, 147-148.

⁷⁶ J. Borrow: *La Biblia en España, op. cit.*, I, 256-257.

⁷⁷ Teófilo Gautier: *Viaje por España, op. cit.*, I, 207.

⁷⁸ *Ibid.*, 139-140, 155 y 164.

⁷⁹ Edgar Quinet: *Mis vacaciones en España, op. cit.*, 33, 188-189 y 191.

⁸⁰ Luis Cernuda: “Divagación sobre la Andalucía romántica”, *op. cit.*, 1287-1288.

avivan el fervor romántico, responden cumplidamente a los anhelos y presentimientos, a las ensoñaciones y a los deseos del viajero. Granada y la Alhambra son, según Gautier, “el sueño de todo poeta”⁸¹. “Las cosas más hermosas —advierde Mérimée— están en el Sur”⁸².

Desde el “tocador de la Reina” de la Alhambra contempla Gautier el “panorama admirable” del edén granadino. “¡Cuántas horas he pasado allí —exclama—, en aquella melancolía serena, tan distinta de la melancolía del norte, con una pierna colgando sobre el abismo, procurando que mis ojos no perdieran ninguna forma, ningún contorno del admirable cuadro que se desplegaba ante ellos, y que seguramente no volverán a ver!”⁸³. Quinet describe con emoción su llegada a Córdoba: “Miro y veo a mis pies una ciudad brillante como una perla, al borde de un río. Nunca peregrino procedente del desierto y contemplando la Meca por primera vez, fue sobrecogido de tal éxtasis. Se componía de una infinidad de sentimientos que no puedo describir (...). Ninguna ciudad de Grecia, ni siquiera Atenas, me había impresionado más. Descendimos lentamente a la orilla del Guadalquivir para tomar la balsa. El barquero, que estaba comiendo, nos hizo aguardar. Aproveché para grabar en mi corazón aquel paisaje. Jamás se borrará de él”. Y Cádiz es, para el mismo Quinet, “la ciudad más resplandeciente, más deslumbradora, más incorruptible de las Españas, una ciudad de nácar, de nieve, de marfil”; una “Venecia criolla”, postrada y serena, con música de boleros y del himno de Riego, que “nace del capricho de la espuma”⁸⁴.

No es menor la admiración de Ford hacia las ciudades andaluzas. En su *Handbook* da cuenta de todas las que destacan por su aire pintoresco y romántico: Alcalá la Real o Gaucín, Alhama o Lanjarón, Tarifa o Carmona. O Ronda, la ciudad que tan hondamente caló en la entraña del romanticismo: “No hay más que una Ronda en todo el mundo —escribe Ford—, y este *tajo* y su cascada constituyen su corazón y su alma. La escena, su ruido y movimiento, desafían a la pluma y al lápiz”. Y también Granada: “Granada sigue siendo —dice Ford— la tierra prometida de lo romántico, el lugar donde el presente se olvida en el pasado, y donde, aunque su harpa haya enmudecido y su espada se haya enromado, el eco de ‘los tiempos felices’ sigue resonando por sus patios cubiertos de mirtos”. Son las ciudades andaluzas, en palabras del mismo Ford, “de lo mejor de España por lo que se refiere a las bellas artes y a la vida social. (...) Sevilla, Córdoba, Ronda y Granada, cada una a su manera pe-

culiar, no tienen rival ni en España ni en Europa”⁸⁵.

El viajero romántico presta particular atención a ciertos rasgos y a ciertos ámbitos de las ciudades españolas. Entre los primeros se cuenta el peculiar trazado de las calles, de lejano ascendiente medieval o moro, de algunas ciudades, que se estima muy sensato y sabiamente adecuado a las condiciones térmicas existentes. “Las calles de Toledo —dice Gautier— son extremadamente estrechas; podrían darse las manos de una ventana a otra, y nada más fácil que saltar de balcón a balcón, si las hermosas rejas y los encantadores barrotes de esa rica forja (...) no pusieran coto e impidieran las familiaridades aéreas. Esta poca anchura —añade— haría poner el grito en el cielo a los partidarios de la civilización, que no sueñan sino con amplias plazas, anchos jardines, calles inmensas y otros embellecimientos más o menos progresivos: sin embargo, nada más razonable en un clima tórrido que las calles estrechas”. Tal trazado expresa “la sabiduría de los antepasados, que no sacrificaban todo a una regularidad estúpida”, y sus benéficos efectos son notorios: “En el fondo de estas estrechas cortaduras, hechas según las manzanas de casas —precisa Gautier—, se disfruta un fresco y una sombra deliciosos; se circula a cubierto en las ramificaciones y porosidades de ese pólipo humano que se llama una ciudad; los chorros de plomo derretido que Febo-Apolo vierte desde el cielo a las horas del mediodía no os alcanzan nunca, pues los salientes de los tejados sirven de sombrilla”⁸⁶.

De la ciudad de Sevilla dice Ford que, “como la mayor parte de las de construcción mora, está llena de callejas tortuosas, estrechas, retorcidas. (...) En invierno parecen fondos de pozos, pero en verano son frescas y agradables, por estar siempre a la sombra. Los moros sabían lo que se traían entre manos: ahora bien, las corporaciones ilustradas, ante la insistencia de los reales académicos, están haciendo todo lo posible en este momento por ensancharlas, dejando así el paso al sol ardiente y destruyendo su pintoresquismo irregular. Nerón hizo lo mismo con Roma”. También en Toledo encuentra Ford “serpenteantes callejas, tan irregulares y súbitas como *guerrilleros*”, calles “tan estrechas, que el sol no puede penetrar en ellas, mientras que, mirando hacia arriba, apenas se ve otra cosa que una tira de cielo azul”; son vías “empinadas y tortuosas, pero esto mismo las hace fáciles de defender en caso de ataque y, al mismo tiempo, frescas en el verano”⁸⁷.

Los patios de las casas —los patios andaluces, ante todo— son otro de los aspectos continuamente

⁸¹ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 10.

⁸² Prosper Mérimée: *Viajes a España*, op. cit., 148.

⁸³ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 71-72.

⁸⁴ Edgar Quinet: *Mis vacaciones en España*, op. cit., 260-261 y 292-293.

⁸⁵ Richard Ford: *Manual. Granada*, op. cit., 34 y 100, *Manual. Sevilla*, op. cit., 16-17.

⁸⁶ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., I, 201-202.

⁸⁷ Richard Ford: *Manual. Sevilla*, op. cit., 27, *Manual. Castilla la Vieja*, op. cit., 77.

destacados y encomiados por los viajeros románticos. “Las casas —escribe Borrow a propósito de Sevilla—, construidas casi todas conforme el patrón moro, tienen en el centro un *patio* cuadrangular, donde una fuente de mármol surte de continuo agua cristalina. En la estación del calor, los patios se cubren con un toldo, bajo el cual pasa la familia la mayor parte del día”. A menudo tales patios se encuentran adornados de “arbustos, naranjos, toda clase de flores y a veces una pajarera pequeña, de suerte que no es concebible mayor delicia que la de tenderse allí a la sombra, oyendo el canto de los pájaros y el rumor de la fuente”⁸⁸.

La imagen del patio andaluz, privilegiado y discreto refugio de la sensualidad y la indolencia, no suele faltar en las evocaciones románticas de lo español. “Nada tan interesante para el viajero que vaga por Sevilla —agrega Borrow— como atisbar los patios desde la calle, a través de las verjas. Muchas veces me paraba a contemplarlos, y otras tantas lamentaba que mi destino no me permitiera vivir en tal edén el resto de mis días”. Si no el resto de sus días, sí pudo vivir Borrow casi todo el año 1839 en una espaciosa casa con patio de la sevillana Plazuela de la Pila Seca. “Distribuida al modo andaluz, tan agradable —recuerda Borrow—, tenía un patio pavimentado con pequeñas losas de mármol azules y blancas. En el centro del patio había una fuente muy abundante en linfa cristalina, y al caer desde una delgada columna al estanque octogonal, el agua hacía un rumor que se oía desde todas las habitaciones”⁸⁹.

En una “posada de buena apariencia” encuentra Gautier un “patio de columnas cubierto de un soberbio tendido”, perfumado por “mirtos, granados y jazmines, en tiestos de barro rojo”, y con “una media luz, tamizada y llena de misterio”. Evoca luego la casa granadina donde estuvo instalado, con “un patio rodeado de columnas de mármol blanco, coronadas de capiteles morunos”, y con “un estancito con su surtidor” y “una gran estera de esparto, que hacía las veces de *tendido*”. Allí, más que en el cuarto, discurre la vida de la casa: “sin el patio —añade—, (...) las casas de Andalucía no serían habitables”⁹⁰.

La seducción del patio, con su vela y su séquito de rumores, luces y perfumes, no escapa a la percepción de Gautier. “El patio —escribe— es una invención encantadora; en él se disfruta de frescura y de más espacio que en el cuarto; se puede pasear, leer, estar solo o con los demás. Es un terreno neutral donde se encuentran las gentes; donde, sin someterse al fastidio de las visitas de etiqueta y de las presentaciones, se acaba por conocer y entablar

amistad; y cuando, como en Granada y Sevilla, se puede añadir el encanto de una fuente o un surtidor, no conozco nada más delicioso”⁹¹. Y Ford habla del patio iluminado con “lámparas de formas fantásticas, hechas de latón, que lucen como plata”, en el que se conversa al fresco de la noche: “Nada resulta más oriental o pintoresco —dice— que esas *tertulias* en un *patio*”⁹².

El patio andaluz es, en fin, un lugar propicio para la relación y la tertulia, también para la soledad y el ensimismamiento; conforma un ambiente grato y sensitivo, recogido y sugerente, y evita los rigores de la temperatura excesiva. Es, al igual que el trazado de las calles de herencia medieval o mora, el testimonio de una antigua y admirable sabiduría. Hace la casa habitable —no sólo materialmente— y lo hace con una muy sencilla y depurada mezcla de arte y de naturalidad. La atmósfera del patio, cargada de insinuaciones y cadencias, velado ambiente de matices y ritmos peculiares, compendia y simboliza las calidades estéticas y de vida de la ciudad que ahora y recrea el viajero romántico.

También interesan aquellos ámbitos del paisaje urbano español donde parecen cobrar vida con más pujanza sus notas características mejores. Plazuelas y jardines, paseos y alamedas, rincones de la ciudad en los que el espíritu romántico encuentra escenarios acordes con su pulso poético y su curiosidad costumbrista. En ellos es frecuente la presencia del arbolado, encarecida siempre y elevada a la categoría de elemento mayor de la personalidad y del atractivo de la ciudad. La preferencia por el bosque se hace ahora preferencia por el verdor del jardín o del claustro, de algunas calles y plazas, de la alameda o del paseo. El árbol sigue siendo uno de los componentes primordiales del paisaje urbano predilecto del viajero romántico. El “Edén de la Alhambra” es, según Quinet, el “gran alma vegetal que respira en el oasis”, ese ambiente de “los jardines, las fuentes, las umbrías, las columnatas, los pabellones de las huríes”, donde es posible sentir “el efecto de las plantas embriagadoras del Oriente” o “el perfume de los naranjos del patio de Lindaraja”⁹³.

La ciudad sin árboles es, para el romántico, inhóspita y desagradable; la vegetación anima el paisaje urbano y lo hace acogedor y deseable. Y el viajero se lamenta cuando encuentra a su paso árboles desmedrados o maltratados, jardines sin carácter o decaídos. Gautier habla de los ejemplares “desprovistos de copa y achaparrados” que descubre, pasada la Puerta de Hierro, al entrar en Madrid. También los del Prado le parecen “achaparrados y sin

⁸⁸ J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., III, 192-193.

⁸⁹ *Ibid.*, III, 193 y 201.

⁹⁰ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 13-14 y 41.

⁹¹ *Ibid.*, II, 14.

⁹² Richard Ford: *Manual. Sevilla*, op. cit., 47.

⁹³ Edgar Quinet: *Mis vacaciones en España*, op. cit., 216, 218 y 221-222.

copa”, y su juicio no es mucho más benevolente ante los jardines del Buen Retiro. “Nosotros, los franceses —dice Gautier—, que tenemos Versalles y Saint-Cloud, que hemos tenido Marly, somos algo exigentes en esto de residencias reales: el Buen Retiro nos parece a propósito para realizar el sueño de un tendero rico; es un jardín lleno de flores vulgares, pero vistosas; estanquitos adornados con rocalla y bosquecillos vermiculados con juegos de agua del estilo de los escaparates de las tiendas de comestibles; de lagunitas verdosas donde flotan cisnes de madera pintada de blanco y barnizada, y otras maravillas de un gusto dudoso”⁹⁴.

Síntoma de la lamentable decadencia sucesivamente producida en la Cartuja de Granada por la Guerra de la Independencia y por la desamortización eclesiástica es, según Ford, el abandono en que se hallan sus viejos jardines. “Ahora —escribe— todo está en silencio: los jardines de los antiguos reclusos se hallan cubiertos de maleza; la encantadora vista sobre la *Vega*, que no podía ser mancillada, es lo único que escapó al invasor y reformador”⁹⁵. El arbolado mejora y realza la calidad del paisaje urbano; su deterioro, su pérdida o su ausencia degradan la ciudad, del mismo modo que su fomento la embellece y la hace más grata. Mérimée advierte durante su primer viaje, en 1830, que el Museo del Prado “está rodeado de árboles por todos lados, lo que es una agradable rareza en este gran desierto árido de Madrid”. Más tarde, en 1864, tras la inauguración de la traída de aguas del Lozoya a la capital con el Canal de Isabel II, dice encontrar Madrid “notablemente embellecido”, con “árboles y agua por todas partes”⁹⁶.

El viajero romántico sabe apreciar cuanto contribuye al cuidado o mejora del arbolado urbano. Ford presta atención a los jardines botánicos de las ciudades que visita —los de Valencia, Murcia o Madrid— y no disimula su disgusto al comentar la lamentable pérdida del jardín de aclimatación de Sanlúcar: “fue preparado —escribe— por Boutelou y Rojas Clemente, dos buenos jardineros y naturalistas, y funcionó a maravilla hasta 1808, cuando la caída de Godoy, su fundador, llevó consigo su destrucción. El populacho se precipitó contra él, mató a los animales, arrancó las plantas y echó abajo los edificios, y todo por ser obra del odiado pachá. La venganza del español —concluye— es oriental y nunca olvida o perdona; es ciego incluso a sus propios intereses, vengándose de las personas y de sus

obras hasta cuando éstas son de utilidad pública”⁹⁷.

La valoración del arbolado urbano es continua a lo largo de los relatos de los viajeros románticos. Estiman siempre su presencia y son unánimes en la exaltación de aquellos lugares en los que, como en Aranjuez, tal presencia se hace definitiva y esencial. Es Aranjuez, en palabras de Borrow, “una pequeña ciudad, con un palacio modesto, pero muy lindo, sombreado por árboles enormes”, provista de “poderosos cedros y gigantescos álamos y plátanos que forman sus hermosos bosques”⁹⁸. En Aranjuez, “el Tajo, que se cruza por un puente colgante, mantiene una frescura en la vegetación —dice Gautier— que causa el asombro de los españoles y permite que los árboles del norte se desarrollen allí con extraordinario vigor”⁹⁹. De “los árboles majestuosos de Aranjuez” habla Quinet, al tiempo que resalta “la frescura de los bosquecillos en los jardines clásicos de Felipe V, junto al murmullo de las cascadas del Tajo”¹⁰⁰. Y Aranjuez constituye, para Ford, un grato “lugar de arroyos, jardines, pájaros canoros y verdor”, donde el viajero puede acercarse al “goce del *verdadero* campo”. En este “oasis” de “verdes prados, jardines, ruiseñores y fuentes”, que contrasta con la monocromía y silente desnudez de los alrededores, “parecen haberse reunido —añade Ford— todos los árboles de Castilla”¹⁰¹.

Las formas que la vegetación adquiere en la ciudad son a veces más reducidas, pero no menos dignas de aprecio. La “amplia plaza plantada de árboles” de Ribadeo o los “hermosos árboles” sobre los bancos de mármol de la plaza principal de Cádiz llaman la atención de Borrow¹⁰². En Cádiz se encuentran también los “jardines llenos de palmeras gigantescas y de especies variadas” de los que habla Gautier. En Córdoba, sobre el blanco caserío, ve el mismo Gautier erguirse “alguna higuera de verdor metálico, alguna palmera extendida como un cangrejo de follaje”; y en Granada, cerca de la “fuerza de vegetación increíble” del barranco de los molinos que une la Alhambra y el Generalife, los “tiestos de flores y arbustos” que adornan los balcones, “las ramitas de parra que se aventuran de una ventana a otra” y “las adelfas que desbordan sus ramas brillantes por encima de las tapias de los jardines” contribuyen a dar a las callejas “una fisonomía especial, que no deja de tener su encanto”¹⁰³.

Los paseos y las alamedas se encuentran entre los ámbitos urbanos que atraen con más fuerza la mirada del viajero romántico. Son lugares en los

⁹⁴ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., I, 106, 131 y 163. Enrique de Mesa traduce erróneamente “bossages” por “bosquecillos”.

⁹⁵ Richard Ford: *Manual. Granada*, op. cit., 153.

⁹⁶ Prosper Mérimée: *Viajes a España*, op. cit., 109 y 336.

⁹⁷ Richard Ford: *Manual. Sevilla*, op. cit., 175.

⁹⁸ J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., III, 137-138.

⁹⁹ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 12.

¹⁰⁰ Edgar Quinet: *Mis vacaciones en España*, op. cit., 197.

¹⁰¹ Richard Ford: *Manual. Castilla la Vieja*, op. cit., 122 y 125, *Manual. Sevilla*, op. cit., 337.

¹⁰² J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., II, 257, y III, 235.

¹⁰³ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 46, 82, 178 y 229.

que al incentivo del arbolado se agrega el gran interés de su significación social y costumbrista. Suelen tener un aire peculiar y un alto valor expresivo: en ellos es posible acercarse a ese conocimiento de “la mentalidad de la gente” que constituye, según Ford, una de las finalidades de cualquier viajero. “El mejor sitio para estudiar los paseos españoles, y especialmente el de las señoras —escribe el mismo Ford—, es la *Alameda*. Todas las ciudades y pueblos tienen su paseo público, placer barato de todas las clases sociales”. Y el paseo, llamado con frecuencia Prado o Salón, “es, ciertamente, una manifestación *al fresco*, o una asamblea al aire libre, un *ridotto*”¹⁰⁴.

Al Prado de Madrid dedican diversos y a menudo amplios comentarios los viajeros románticos. Es el espejo de la villa y corte, el escenario donde se representa a diario la vida de la capital, con todo su colorido y toda su algarabía, el sitio de “encanto novelesco” donde Quinet dice haber “reconocido a todas la Vírgenes de Murillo, a la Hija del Aire de Calderón, a la Dorotea de Lope de Vega”¹⁰⁵. En *La maja y el torero* —publicada por vez primera en 1847, con el título de *Militona*— escribe Gautier: “El Prado, a las siete de la tarde, en estío, es uno de los más hermosos paseos del mundo; y no es que sea imposible encontrar en otros sitios umbrías más frescas o lugares más pintorescos; pero en ninguna parte existe una más viva animación ni un más alegre ir y venir de gente”¹⁰⁶. Además, en el Prado madrileño “sólo se ven mantillas”, la emblemática vestimenta que tanto satisface el gusto romántico¹⁰⁷. “Las mantillas de blancos o negros encajes —sigue el mismo Gautier— sirven de marco, con sus livianos pliegues, a los más encantadores rostros que nos sea dado ver. La fealdad es un raro accidente”¹⁰⁸. Según Ford, el Prado madrileño, “una cosa y una escena puramente españolas, es único; y como no hay nada que se le parezca en toda Europa (...), resulta fascinador para todos los que cruzan los Pirineos”¹⁰⁹.

No son sus árboles, desde luego, los que justifican el interés del Prado madrileño, sino la abigarrada animación de las gentes y costumbres que allí se dejan ver. En otros casos no sucede así. Las narraciones de los viajeros románticos abundan en comentarios acerca de paseos o alamedas en los que, junto a un pulso ciudadano más o menos vivo, cobra una destacada importancia el propio arbolado. Es el caso de la “hermosa *alameda*” del Esgueva,

en Valladolid, o de la no menos apreciable de El Ferrol, “una plantación de un millar de olmos próximamente, casi todos magníficos”, de las que habla Borrow. Los ferrolanos, prosigue el mismo autor, “con el genuino espíritu localista tan dominante en España, se jactan de que su ciudad posee un paseo público mejor que el de Madrid, y al compararle con el *Prado* hablan de éste con no disimulado desprecio”¹¹⁰. De los paseos arbolados de Valladolid, y de otros muchos lugares castellanos, habla Ford en su *Handbook*: de los “agradables y sombreados” caminos vallisoletanos de las alamedas próximas a los ríos —el Prado de la Magdalena, en el Esgueva; el Espolón nuevo y el Plantío de Moreras, junto al Pisuega—, y de “la gran *Alameda*” del “famoso Campo Grande”, la “noble *Alameda*” distribuida “en avenidas y paseos públicos, con jardines florecidos y asientos”, donde el viajero puede ponerse al corriente del “rango, la moda, la belleza y los trajes de Valladolid”¹¹¹.

En Vitoria, “con una plaza muy hermosa —dice Mérimée— y mujeres todavía más hermosas”¹¹², encuentra Ford alamedas “encantadoras, especialmente *La Florida* y *El Prado*, situadas fuera de la ciudad, donde, bajo avenidas umbrosas, se reúnen a bailar las clases bajas”. También se refiere Ford al paseo bilbaíno que llega hasta la Punta de Banderas —“agradable por estar amenizado con jardines, montañas y mar”—, o a la “bonita” alameda de nogales de Estella. Las alamedas de Zaragoza, cercanas a las murallas, tienen “largas hileras de olmos”, y en Cataluña descubre Ford otros paseos públicos dignos de mención: además del “impresionante” paseo de los altos baluartes de Tarragona, destaca el atractivo de los que ofrece la ciudad de Barcelona. La Rambla es “un camino encantador plantado de árboles como el *Unter den Linden* de Berlín”. Barcelona es pródiga en “bellos paseos”, y Ford se dedica a enumerarlos: entre ellos se cuentan, junto a la Rambla —“que no tiene rival”—, la Muralla de Tierra, los jardines de San Beltrán, el “noble paseo” que lleva desde la Puerta del Ángel hasta Gracia, el Paseo Nuevo o Lancastrín, el jardín del General o el paseo junto al mar, la Muralla del Mar, que “es como en Palermo el lugar de reunión a la moda por la mañana y la tarde, soleado en invierno y fresco por las brisas marinas en verano”. Esas “avenidas —añade Ford— están sombreadas, y los asientos de piedra son cómodos”¹¹³.

La Rambla de Barcelona, “plantada de árbo-

¹⁰⁴ Richard Ford: *Manual. Observaciones generales*, op. cit., 13, *Manual. Sevilla*, op. cit., 45.

¹⁰⁵ Edgar Quinet: *Mis vacaciones en España*, op. cit., 40 y 42.

¹⁰⁶ Teófilo Gautier: *La maja y el torero*. Traducción de Juan de Málaga. Ilustraciones de Rafael Romero Calvet, Madrid, Jiménez-Fraud, 2ª ed., 1922, 108.

¹⁰⁷ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., I, 133.

¹⁰⁸ Teófilo Gautier: *La maja y el torero*, op. cit., 110.

¹⁰⁹ Richard Ford: *Manual. Madrid*, op. cit., 55.

¹¹⁰ J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., II, 59 y 239.

¹¹¹ Richard Ford: *Manual. León*, op. cit., 147 y 168-169.

¹¹² Prosper Mérimée: *Viajes a España*, op. cit., 142.

¹¹³ Richard Ford: *Manual. País Vasco y Navarra*, op. cit., 22, 41 y 95, *Manual. Aragón*, op. cit., 33, *Manual. Cataluña*, op. cit., 31, 45 y 55-56.

les”, despierta también el interés de Gautier; habla además de la alameda de Alicante, “enlosada de piedra” y “sombreada por dos o tres hileras de árboles, bastante cubiertos de hoja para árboles españoles”; y en Valencia puede ver el “soberbio paseo” que discurre junto al cauce del viejo Guadalquivir¹¹⁴. “Valencia —escribe Ford— tiene abundantes y agradables paseos”. Como ocurre con “las largas avenidas de la deliciosa *Alameda*, cuyas ramas umbrosas y arqueadas continúan hasta *El Grao*, los gradus o escalones que bajan al mar. Este agradable paseo —sigue diciendo— es el lugar de reposo de los naturales, que se congregan aquí en verano para bañarse en el mar”. En Lorca son también los paseos “agradables, sobre todo la *Alameda*, cerca del río”, y los más frecuentados de la ciudad de Murcia —advierde el mismo Ford— son “el del Carmen con sus asientos sombreados, y el Arenal, que es el ‘Strand’ de aquí”¹¹⁵.

Los paseos y las alamedas de las ciudades andaluzas no defraudan la marcada preferencia meridional del viajero romántico. Cruzado el Guadalquivir, Quinet es conducido a Córdoba por “un largo paseo de álces crecidos en forma de lanzas”¹¹⁶. El Salón de Granada es, para Gautier, “uno de los sitios más agradables del mundo”: la alameda se compone de “una larga avenida con varias filas de árboles de un verde único en España, terminada en cada extremo por una fuente monumental”, y avenidas laterales por donde “corren arroyos de una transparencia cristalina”. A ello se suma, entre el Salón y el Genil, “un gran jardín, adornado con surtidores, lleno de flores y arbustos, mirtos, rosales, jazmines”. El recuerdo del crepúsculo en la alameda de Granada enciende la prosa siempre colorista de Gautier: “Un espectáculo del que no pueden formar idea los pueblos del norte —escribe—, es la Alameda de Granada a la puesta del sol. La Sierra Nevada, cuyas dentelladas cumbres señorean la ciudad por aquel lado, adquiere matices incomparables. Todas las escarpas, todas las cimas, heridas de la luz, se tornan color de rosa, pero de un rosa deslumbrador, ideal, fabuloso, nevado de plata, con reflejos de iris y de ópalo, que haría parecer fangosos los tonos más frescos de la paleta; tonos de nácar, transparencias de rubí, venas de ágata y de venturina, capaces de desafiar a todas las joyas mágicas de *Las mil y unas noches*”¹¹⁷.

A ese mismo “bello paseo” del Salón se refiere Ford, y no demasiado lejos de Granada, en “la mora Ugíjar” de las Alpujarras, tiene ocasión de indig-

narse al conocer una lamentable iniciativa del clero de la Colegiata y de los miembros del Ayuntamiento: “una magnífica avenida de gigantescos olmos, plantada por los moros —escribe—, fue talada por el vandálico capítulo y la no menos vandálica corporación municipal para construir en su lugar ciertas miserables oficinas”. La alameda de Málaga, rica en “flores y agua” y con una fuente genovesa de mármol, “es deliciosa, y tiene aspecto italiano”; la de Cádiz resulta sugestiva por más de un motivo. Allí puede verse —dice Ford— “el modo gaditano de pasearse”, el “piafar” femenino que “es como un grácil movimiento natatorio”¹¹⁸. Es, además, un grato paseo cuya tonalidad permite reposar la vista: “el verdor de los árboles —advierde Borrow—, mirados desde la bahía, presta agradable descanso a los ojos, deslumbrados por el resplandor del caserío, todo blanco, porque Cádiz es también una ciudad radiante”¹¹⁹.

Sevilla no se queda a la zaga de las ciudades andaluzas en punto a paseos y alamedas. “La Cristina”, cuyo nombre debe al hecho de haber sido trazado en honor de la mujer de Fernando VII, “es —dice Gautier— un paseo magnífico, a orillas del Guadalquivir, con un salón enlosado, circuido de un inmenso banco de mármol blanco con un respaldo de hierro, sombreado de plátanos de Oriente, además de un laberinto, un pabellón chino y toda clase de árboles del Norte —fresnos, cipreses, álamos, sauces—, que son la admiración de los andaluces”. Allí es posible ver pasear a “las lindas sevillanas” con sus acompañantes: “tienen —añade Gautier— un aire vivo, alegre, ágil, y saltan más que andan”¹²⁰. “No hay nada más nacional y pintoresco —señala Ford— que este paseo por la tarde, cuando se reúnen allí ‘las fuerzas vivas y la gente a la moda’, por no decir nada de las clases bajas con sus trajes andaluces de baile de máscaras”¹²¹.

Las Delicias, otro paseo sevillano ameno y concurrido —“un encantador paseo para andar e ir a caballo”, dice Ford¹²²—, alienta también, y a menudo con singular agudeza, el fervor del viajero romántico. “Allí íbamos a pasearnos todas las tardes —escribe Gautier—, para ver ponerse el Sol detrás del barrio de Triana, situado a la orilla opuesta del río. Una palmera de un porte nobilísimo elevaba al aire su disco de hojas, como para saludar al astro en su ocaso”¹²³. Y Borrow habla de ese mismo paseo con tono vibrante y conmovido, con palabras que manifiestan la honda impresión que tal paisaje arbolado, con el río cerca y la Torre del Oro y el ba-

¹¹⁴ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 262, 264 y 269.

¹¹⁵ Richard Ford: *Manual. Valencia y Murcia*, op. cit., 47-48, 80 y 84.

¹¹⁶ Edgar Quinet: *Mis vacaciones en España*, op. cit., 261-262.

¹¹⁷ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 51-53.

¹¹⁸ Richard Ford: *Manual. Granada*, op. cit., 82, 141 y 168, *Manual. Sevilla*, op. cit., 141.

¹¹⁹ J. Borrow: *La Biblia en España*, op. cit., III, 235.

¹²⁰ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 199-200.

¹²¹ Richard Ford: *Manual. Sevilla*, op. cit., 274.

¹²² *Ibíd.*, 274.

¹²³ Teófilo Gautier: *Viaje por España*, op. cit., II, 202.

rrio de Triana en el horizonte, hace crecer en el viajero. “Fórmanlo —escribe— árboles de varias especies, pero los álamos y olivos predominan. Largos senderos umbríos lo atraviesan. Ese parque es el paseo favorito de los sevillanos; en él se congrega en ocasiones cuanta belleza y bizarría encierra la ciudad. Allí las ojinegras damas andaluzas se pasean con el gracioso prendido de las *mantillas* de encaje; allí los jinetes andaluces galopan en sus corceles de sangre mora, de lengua cola y espesa crin. Cuando el sol se pone, el panorama que ofrece la ciudad, mirada desde ese sitio, es de inefable her-

mosura. (...) Yerto, yerto debe de estar el corazón que permanezca insensible ante ese paisaje mágico, al que apenas podría hacer justicia el pincel de Claudio mismo. ¡Cuántas veces he vertido lágrimas de arrobamiento al contemplarlo, y escuchado a los mirlos y ruiseñores modular en la arboleda sus cantos melodiosos, y respirado las brisas cargadas con el aroma de los naranjales de Sevilla!”¹²⁴. Acaso no haya mejor manera de decir lo que el viajero romántico supo ver y valorar en aquellos paseos o en aquellas alamedas de las ciudades andaluzas que con tanta pasión recorrió.

¹²⁴ J. Borrow: *La Biblia en España, op. cit.*, III, 191-192.